

## TRANSICIONES

VÍCTOR ALEJANDRO ESPINOZA

*La hora de la democracia*

Es muy probable que el jueves 6 de julio cuando aparezca este artículo el Instituto Federal haya concluido el trabajo de cómputo de cada una de las actas de las 130 mil 788 casillas instaladas a lo largo y ancho de nuestro país. El trabajo se hará en cada uno de los 300 distritos electorales; un verdadero ejército ciudadano tiene el enorme compromiso de concluir este largo y prolongado proceso electoral. Si ya había sido digno de elogio el trabajo desarrollado por cerca de un millón de ciudadanos que participaron antes y durante la jornada electoral, la tarea que hoy tienen resulta sin invaluable.

Los ciudadanos salieron a cumplir con sus obligaciones cívicas el 2 de julio. Lo hicieron en número considerable; casi el 60% -58.9% del listado nominal hizo acto de presencia en las urnas. Se trata de una cifra importante, sobre todo comparada con la elección federal intermedia de 2003, cuando la participación se situó en un 41.68%, aunque 5 puntos porcentuales por debajo de la elección paradigmática de 2000. Sin embargo, respecto al promedio de participación ciudadana en democracias consolidadas, las cifras son comparables. Lo más importante es que no se reportaron incidentes graves; únicamente 8 casillas programadas no pudieron instalarse a lo largo del país, lo cual resulta un dato positivo. Las mayores inconformidades proceden de las casillas especiales, donde en algunas se agotaron las 750 boletas o, dada la afluencia, los tiempos de espera fueron prolongados. Es un tema que

habrá que revisar para futuros comicios.

Las entidades más participativas, al cierre del Programa de Resultados Electorales Preliminares, fueron Tabasco, que reportó 68.37%; Distrito Federal, con 68.08% y Yucatán con 66.92%. Por su parte, las tres más abstencionistas fueron: Guerrero, que registró una participación ciudadana de 47.07%; Baja California, con el 47.21% y Chiapas con el 49.37%. En el caso particular de Baja California, es la tercera elección federal consecutiva que ocupamos uno de los tres últimos lugares. En 2000, fuimos el tercer lugar de las entidades abstencionistas con el 57.55% y en 2003 ocupamos el nada honroso primer lugar en ese renglón, con una mínima participación del 31.25%. De manera que aunque hoy subimos casi 16 puntos, continuamos con una baja participación. Se tiene el importante reto de descifrar las causas que expliquen el alejamiento de los bajacalifornianos de las urnas. Hasta hoy seguimos echando de menos un estudio que ayude a explicar por qué siendo pioneros en varios de los rubros de la transición política mexicana, durante los últimos años hayamos decidido reprobarnos en este renglón importante de la vida democrática.

Con todo, lo más importante del proceso electoral es la tensa espera por conocer al vencedor de la contienda presidencial. Las encuestas preelectorales estuvieron muy cercanas a los resultados. Prácticamente todas situaron en la punta a dos candidatos. Cuando escribo estas notas, aún impera la incertidumbre. No es común en sistemas elec-

torales de una sola vuelta el postergar el nombre del ganador. Menos son los empates técnicos. Por ello, se escuchan ya muchas voces sugiriendo adoptar un sistema de dos vueltas cuando no se alcance un porcentaje significativo entre el primero y el segundo lugar de las preferencias. El problema es que eso se resolverá en el futuro; pero en la actualidad, un voto puede ser la diferencia para el desempate. Por ello, la necesidad de revisar y sumar acta por acta.

Si las campañas se caracterizaron por una "guerra sucia" y que finalmente redituó en votos, hoy los actores políticos deben dar una verdadera muestra de madurez política. Los partidos y sus candidatos tienen la enorme responsabilidad de resolver de la mejor manera la elección que previamente se encargaron de tensar. Es fácil aconsejar la calma y la ecuanimidad. Sin embargo, es mucho lo que está en juego. Una crisis política sería muy costosa para todos. Lo que deben entender los contendientes es que quien pierda, no pierde todo y, por contraparte, el ganador no se llevará un cheque en blanco. Tendremos un gobierno dividido y habrá otros cuatro partidos vigilantes. Además, la ciudadanía pasará factura en tres años si las cuentas no son positivas. Efectivamente, tenemos que trabajar en una futura reforma electoral que permita que los candidatos se conviertan en líderes de sus bancadas en el Congreso que permitan un contrapeso institucional del poder ejecutivo. Si los perdedores quedan al margen de una interlocución con los poderes formales, se pierde la enorme representatividad que ellos arrastran y se erosiona la capacidad de gobernabilidad del nuevo Ejecutivo.

Correo electrónico: victorae@dns.colef.mx

El autor es investigador del departamento de estudios de administración pública del Colegio de la Frontera Norte.